

ramaba muchas lágrimas, muy cordiales y de gran devoción. Comúnmente se confesaba de dos a dos días. En adquirir y granjear las virtudes era muy solícito y sobre todas ellas trabajó por alcanzar la verdadera humildad, como fundamento de todas las otras. En esto ponía mayor diligencia, como quien tenía conocimiento de sí mismo; porque era, naturalmente, brioso y de complexión colérica y no hombre manso, no tierno, que fue mucha parte para comenzar y perseverar en su austeridad y rigor de penitencia. Mas considerando que no bastaba cumplir con Dios, en la interior humildad, conociendo su bajeza y vileza y despreciándose a sí mismo, sino que era menester cumplir también con los hombres, no ofendiéndolos con movimientos briosos de muestras exteriores; y así procuraba, con mucha solícitud y cuidado, de mostrarse manso y afable con todos y tenía una envidia santa a los que de su natural eran mansos y mortificados. Por esto solía decir a fray Francisco Ximénez (uno de los once compañeros que con él vinieron, y el más familiar suyo, que era como otro fray León, a quien llamaba fray oveja, nuestro padre San Francisco): ¡Oh hermano, quién fuera de vuestra condición! Y el bendito fray Francisco Ximénez respondía: ¡Oh hermano, quién tuviera vuestra virtud y perfección! Que más mérito es pelear y hacer el hombre contra su natural inclinación, que seguirse por ella, por buena que sea. Éstas y otras semejantes espirituales competencias da a entender fray Francisco Ximénez en su escritura, que pasaban entre los dos.

CAPÍTULO VI. *De la profunda humildad y desprecio de sí mismo que resplandeció en este apostólico varón*



S CONSEJO SANTO EL QUE EL ECLESIASTICO<sup>1</sup> DA, diciendo: cuanto mayor y más estimado eres, tanto más te humilla en todas las cosas y tendrás gracia delante de Dios, porque es grande su poderío, y en esto es honrado de sus humildes. No carecía de esta sabiduría el santo fray Martín; antes por haber leído este lugar como sabio que era procuraba, no presumiendo de humilde sino procurando hacer las cosas que son de humildad, serlo en todas ellas, mostrándose ministro y siervo con los pobres y humildes súbditos que a su cargo tenía, sabiendo que dice Cristo:<sup>2</sup> El que quisiere ser mayor entre vosotros sea vuestro ministro, y el que primero sea vuestro siervo. De las cuales palabras tomaría motivo el varón de Dios, de ser uno de los más humildes de todos, ejercitando en sí los actos de humildad en que ponía a los otros; y aunque fueron muchos, y casi sin cuento, pondré en este capítulo solos dos, de los cuales es él primero: que siendo el siervo de Dios electo provincial segundo de la provincia de San Gabriel, año de 1522, vigilia de la Asunción de Nuestra Señora, y visitando los conventos que estaban a su cargo, usaba de esta costumbre;

<sup>1</sup> Eccles. 3.

<sup>2</sup> Math. 20.

al tiempo de tomar las culpas a sus hermanos, él decía primero las suyas y se visitaba y tenía a sí mismo capítulo, poniéndose de rodillas en medio de el coro y reprehendiéndose de sus propios defectos; porque como dice el sabio,<sup>3</sup> el justo primero se acusa y reprehende a sí mismo y se desnudaba el hábito y hacía allí, en presencia de todos, una disciplina y besaba los pies a los frailes; entonces le veían el silicio, que jamás se lo quitaba de el cuerpo. Esto hacía no tanto por lo que a él tocaba, ni por mostrarse humilde, cuanto por dar a sus súbditos ejemplo de humildad y sujeción a la corrección, viendo que él, siendo prelado, se humillaba y corregía primero a sí mismo, a imitación de nuestro maestro Jesucristo que dijo: Si yo, maestro y señor, os lavo los pies, vosotros, que sois discípulos, debéis de hacer otro tanto. Y esto que hacía este bendito varón sería por ventura, no teniendo culpas de qué acusarse; pues vivía en todo con tanta vigilancia que más parecía hombre muerto a las cosas de el mundo, que vivo para tratarlas. Este mismo modo de corregir guardó en esta tierra, aun entre los indios, porque muchas veces, cuando por sus culpas los había de reprehender y hacer azotar, él mismo se disciplinaba primero delante de ellos, para que conociesen que de amor y caridad y deseo de su salvación, se movía a castigarlos y corregirlos; con lo cual ellos recibían el castigo con paciencia y hacimiento de gracias.

El otro ejemplo es que una vez, desde la provincia de San Gabriel, quiso ir a su patria, donde era natural y de todos conocido (por ventura por importunación de sus deudos) púsolo por obra y pareciéndole vanidad haberse puesto en aquel camino, y tenido aquel cumplimiento con sus parientes, llegado cerca del pueblo de Valencia de Don Juan, se paró a considerar para qué fin había tomado aquel trabajo y andado tanto camino; y teniéndolo por cosa de mundo y sin provecho, en venganza de sí mismo y pena de su culpa, con deseo grande que tenía de alcanzar la humildad y menosprecio de su persona, queriendo ser tenido de los hombres por loco, por amor de Dios quitóse el hábito, antes que entrase en el pueblo, y desnudo en carnes, con solos paños menores, echada la cuerda a la garganta, mandó al compañero que lo llevase de el diestro como a malhechor, por las calles de Valencia hasta la iglesia, y lo pasase por una calle donde moraban los más de sus parientes; porque como dice el glorioso padre San Agustín, la verdadera humildad no se ahoga, ni queda en el alma, sino sale en obras y efectos visibles. De esto nos dio ejemplo el mismo Dios hecho hombre, el cual (como dice San Pablo)<sup>4</sup> estando en forma de Dios se abatió, tomando forma de siervo, hecho en semejanza de los otros hombres y vestido de carne, como ellos, se humilló hasta la muerte y no cualquiera, sino muerte de cruz. Y ésta deseaba este apostólico varón; pero no cumpliéndosele estos deseos, a lo menos con la cuerda al cuello y llevada de el compañero, mostraría en su sentimiento el ultraje y menosprecio con que ese mismo señor Jesucristo fue llevado con soga a la garganta, por las calles

<sup>3</sup> Prov. 18.

<sup>4</sup> Ad Phil. 2.

de Jerusalén, al lugar público de el Calvario, donde fue crucificado. Hecho esto, sin más visitar a nadie, se volvieron por donde habían venido; con que los parientes y vecinos de aquel pueblo lo menospreciaron y tuvieron en poco, que era lo que él deseaba; porque por este fin hizo el siervo de Dios lo que aquí se ha dicho, con mucha fuerza y violencia que puso a su natural, para salir con semejante acto por amor de Jesucristo y por vencer a sí mismo. Y no me maravillo de que estas gentes, apartadas de esta tan profunda consideración, hiciesen ultraje y menosprecio de este varón santo, viendo en él un acto de santa mortificación y teniéndolo por hombre de estimación y grave; pues sabemos de Micol, el que hizo de su esposo David, cuando le vido bailar, en la presencia de el arca de el testamento, pareciéndole que desdecía aquel hecho de su mucha autoridad; porque donde corren leyes de mundo, no caben, ni son admitidos hechos de devoción.

Con éstos y otros semejantes ejercicios alcanzó fray Martín la virtud de la humildad que tanto deseaba, en gran perfección y hablaba de ella, como quien tanto había cursado en buscarla. Y afirma su muy íntimo y familiar compañero, fray Francisco Ximénez, que le vio hacer cosas y actos de humildad prodigiosos y le oyó palabras muy profundas de ella, alegando siempre aquellas del humildísimo Jesús, en el Evangelio:<sup>5</sup> Si no os hiciéredes como niños, no entraréis en el reino de los cielos. Y no era menester contar particularidades de la humildad de este varón santo; pues sus obras y lo exterior de su vida no era otra cosa si no un continuo acto y dechado de esta virtud. Con venir a esta Nueva España por prelado y caudillo de los primeros religiosos, enviados a evangelizar en ella la fe católica, con toda la autoridad del sumo pontífice, como su legado, y con ser conocido de españoles e indios, en un tan gran imperio por tal prelado y cabeza de esta nueva iglesia, hasta que él mismo lo renunció; con todo esto nunca quiso subir de su bajo punto de fraile pobre y despreciado; antes mucho más en aquel tiempo se preció y arreó de la pobreza y menosprecio de sí mismo; porque ésta era la principal piedra que pretendió echar por fundamento del edificio de la ley evangélica, que él y sus compañeros vinieron a plantar, andando descalzo, desnudo y roto. Andaba solo, visitando toda la tierra, de provincia en provincia; porque como eran entonces pocos los frailes y cada uno de ellos tenía un millón de ánimas a quien acudir, no quería traer consigo compañero, porque se acudiese a lo más principal. Él mismo llevaba su zurrón y manto a cuestras, no consintiendo que indio ninguno (con haber tantos como había) se lo llevase. Y esto mismo hicieron otros prelados a ejemplo suyo; porque tanto como esto vale el ejemplo del prelado.

<sup>5</sup> Math. 18.